

ARMANDO RODERA

EL AROMA DEL MIEDO



Meses después de su último gran operativo, el inspector Bermejo deberá enfrentarse a una doble misión en Valencia: descubrir al causante de los misteriosos asesinatos de mujeres ocurridos en la región y acabar con una trama de corrupción en la que se ven involucrados algunos miembros de la Policía.

Por su parte, tras una excedencia, el sargento Roncero regresa a España junto a la periodista Miriam Monfort y recibe el encargo de colaborar en una importante operación de la Guardia Civil contra el tráfico de personas en la zona levantina.

Un macabro hallazgo en el puerto de Valencia los situará tras la pista de un empresario ruso con conexiones al más alto nivel. La presencia de mafias internacionales en la zona pondrá en jaque a los investigadores, envueltos en una trama cada vez más compleja, repleta de peligrosas ramificaciones.

Un «thriller» en el que los protagonistas deberán enfrentarse al lado más oscuro del ser humano y luchar encarnizadamente por sus vidas.

EL AROMA DEL MIEDO

Armando Rodera

ADVERTENCIA

Aunque los lugares y los nombres de los diferentes estamentos oficiales son reales, los personajes y los hechos en los que participan son totalmente ficticios. Algún personaje secundario y ciertas escenas narradas pueden inspirarse en acontecimientos reales, pero han sido recreados de forma libre por el autor. Por lo tanto, la novela que pueden leer a continuación es fruto de su imaginación y no puede inferirse que las palabras o hechos protagonizados por esos personajes ficticios correspondan a personas que existan en la realidad.

EL FINAL DEL CAMINO

*Valencia,
15 de mayo de 2015*

Ya no le quedaban lágrimas. El hedor de la muerte le inundaba las fosas nasales y una sombra siniestra se había cernido sobre ella, un aura tenebrosa que sobrevolaba su cabeza como un vulgar buitre carroñero a la espera de que la joven exhalara el último suspiro. A Olena le fallaban las fuerzas. Su organismo se encontraba al borde del colapso y sus escasas esperanzas se desvanecían tras tantos días de infortunio.

La chica se recostó sobre el lado izquierdo, en posición fetal, y se preparó para esperar el desenlace. No tenía ganas de seguir luchando; no después de haber sido desposeída de su alma, de su esencia como ser humano. La barbarie instalada a su alrededor sesgó de raíz cualquier intento de regreso a la civilización, a esa vida anterior de la que quería escapar tan solo una semana atrás, pero a la que retornaría sin dudarlo si tuviera la menor oportunidad.

El hambre martirizaba sus tripas, pero era la deshidratación la que iba a acabar con su vida. La mente le jugó entonces una mala pasada y en ese preciso instante recordó un aforismo que había leído en alguna ocasión: «Cuatro minutos sin respirar, cuatro días sin beber y cuarenta días sin comer». Ese era el aguante tope del cuerpo humano, el límite antes de encontrarse cara a cara con el Creador. Olena había perdido la noción del tiempo, pero habría jurado que

ya llevaba más de cuatro días sin beber ni una sola gota de líquido. Así lo atestiguaban los labios agrietados, la boca reseca y la garganta rasposa. Ni siquiera le quedaba saliva que segregar y cuando tragaba, aunque fuera por inercia, un dolor inhumano le atravesaba el cuello de parte a parte.

También había dejado de escuchar sonido alguno, ni siquiera los gemidos lastimeros de Olga, la única chica con la que había intercambiado unas palabras durante su cautiverio. Sus captores las habían arrojado allí, sin apenas agua ni comida, y los roces habían comenzado enseguida. En un primer momento, Olena intentó que las mujeres se organizaran para repartir los escasos mendrugos de pan que les habían dejado como exiguas provisiones para el viaje. Sin embargo, las rumanas le dejaron muy claro quién mandaba allí, por lo que desistió de su empeño y se acurrucó en el rincón más alejado de ellas para evitar problemas.

Con el paso de los días, la situación se tornó cada vez más violenta. La escasa comida se agotaba y el barril del que todas bebían agua con un cazo se derramó en el suelo después de una riña entre algunas mujeres. La chica que había volcado sin querer el tonel, al intentar desembarazarse de las presas más aguerridas, soltó un bufido de sorpresa al percatarse de la verdadera realidad; ni siquiera le dio tiempo a implorar perdón. Las rumanas la machacaron a patadas, ciegas de odio y rabia, mientras el resto no intervenía para no jugarse la vida.

Olena se sintió culpable tras el incidente, aunque juzgó más aconsejable mantenerse alejada de esas salvajes. Los secuestradores habían conseguido su objetivo: deshumanizar a unas mujeres que luchaban por su vida a dentelladas. Y lo peor estaba todavía por llegar: la sed sería su verdadero quinto jinete del apocalipsis.

Los días transcurrieron con una parsimonia desesperante para la joven. No tenía reloj, ni móvil y, sin embargo, al comienzo de su suplicio había intentado calcular las horas transcurridas allí encerrada, o por lo menos atisbar si era de

día o de noche. Al principio le resultó fácil, pero poco después Olena se abandonó a su suerte y perdió la noción de la realidad.

Las rumanas terminaron por elegir el rincón de Olena para hacer sus necesidades, ya que el mísero orinal que les habían dejado ya no servía para nada, y la joven tuvo que emigrar a otra esquina para no cabrear a las asesinas. Unas mujeres cuyas bravatas fueron disminuyendo a la par que la falta de agua y alimento mermaban sus escasas reservas.

Olena era originaria de la región de Donetsk, en el este del país, y había huido de su tierra natal por la guerra civil encubierta que existía entre los prorrusos y los ucranianos más occidentalizados en varias regiones desde hacía más de dos años. Pensó que en la capital podría salir adelante y, si no lo lograba, tenía pensado emigrar a Alemania, pero todos sus sueños se habían truncado para siempre.

Nada más llegar a Kiev, la chica creyó que la suerte se había puesto de su parte: alquiló una habitación en una modesta pensión del centro de la ciudad por un módico precio y encontró un anuncio en el que se buscaban jóvenes de unas determinadas características para catálogos de moda, *spots* de televisión y asistencia a congresos como azafatas. El primer paso para afrontar la carrera de modelo internacional, su verdadero sueño.

Olena tenía diecisiete años, pero aparentaba más. Su larga cabellera morena enmarcaba un rostro agraciado de tez dorada: nariz fina, ojos almendrados de color miel y labios turgentes. Una auténtica belleza, muy alejada de los cánones eslavos, por lo que llamaba más la atención en Ucrania. Medía 1,73 sin tacones, pero el resto de sus medidas no se correspondían con las de una modelo convencional. Más bien al contrario, sus insinuantes y rotundas curvas no pasaban desapercibidas. Tenía piernas torneadas y un culo prieto, pero de lo que más orgullosa se sentía era de su pecho, aunque hubiese sido fuente de incontables problemas desde su pubertad.

La joven había aprendido a camuflarse con ropa holgada en su ciudad natal para intentar alejar las aviesas miradas de los hombres sobre su anatomía. Al llegar a Kiev, la capital, pensó que lo peor había pasado. En las grandes avenidas de la ciudad pudo comprobar que las mujeres se vestían como querían, y creyó encontrarse ante la gran oportunidad de su vida.

Así pues, Olena se arregló para la ocasión: zapatos de tacón, falda de tubo con medias de rejilla, blusa ligeramente escotada y sus mejores pendientes. Se peinó la melena salvaje del mejor modo que pudo, se maquilló sin estridencias y se dirigió con porte seguro a la entrevista que supuestamente le abriría las puertas de la fama.

—Buenos días. Nombre, edad y medidas, por favor —la saludó un hombre lleno de tatuajes en cuanto Olena llegó al lugar de la prueba.

—Buenos días —contestó la joven algo nerviosa, sorprendida ante la interpelación—. Me llamo Olena, Olena Kovalenko. Tengo diecisiete años y no conozco mis medidas exactas.

—Eso no es problema, Olena —contestó el tipo con amabilidad—. Mi ayudante te tomará medidas en un momento. Por favor, desvístete y quédate en ropa interior para que Helga pueda hacer bien su trabajo.

La primera impresión de la joven tras escuchar lo de desnudarse fue quedarse paralizada. El brillo en los ojos del hombre tampoco la ayudó demasiado, pero Olena imaginó que sería para comprobar si se ajustaba a lo que buscaban. Al fin y al cabo, si quería ser modelo, tendría que desnudarse miles de veces, delante de mucha gente, y en todo tipo de circunstancias. Además, la ropa interior que llevaba era de color negro y podía asemejarse a un traje de baño. Entonces vio acercarse hasta ella a una mujer de unos cincuenta años con cara de aburrída, que le tomó medidas de forma algo brusca con una cinta de sastre.

—Veamos: noventa y cinco de pecho...

—Ummm... —A Olena le pareció oír un gruñido de satisfacción del jefe.

—De cintura tenemos sesenta y tres centímetros y de caderas..., muy bien: noventa y dos centímetros.

—Vaya, vaya, la señorita Kovalenko parece una firme candidata para nuestra nueva línea de baño, ¿verdad, Helga?

—Yo creo que sí. Los dueños de la firma van a estar encantados con la adquisición.

Y dicho esto, la mujer comenzó a reírse estrepitosamente. Olena debería haberse sentido contenta tras escuchar esas palabras, pero el retortijón que sintió en la base del estómago puso en alerta sus sentidos. Se vistió a la carrera, algo incómoda al percibir una mirada cada vez más libidinosa del otro individuo, y cruzó los brazos a la altura del pecho en posición defensiva.

—Disculpa los modales de mi ayudante, Olena. No te preocupes, lo has hecho muy bien.

—Pero entonces... —dijo Olena algo más tranquila, aunque no las tenía todas consigo—. ¿He superado la prueba?

—Claro, preciosa. Empezarás a trabajar con nosotros enseguida. Y ganaremos mucho dinero contigo, ya lo verás. Por favor, acompaña a Helga al despacho para firmar unos papeles.

Olena obedeció sumisa, intranquila todavía ante el devenir de los acontecimientos. Había perdido parte de la inocencia de la juventud en unos años duros en Donetsk y la desconfianza no la dejaba respirar con tranquilidad. ¿Sería todo tan fácil? Había oído casos de modelos muy reconocidas que fueron descubiertas en plena calle y ahora eran multimillonarias y famosas en todo el mundo, aunque intuía que su suerte nunca llegaría a ser la misma.

En realidad, resultó todo lo contrario. Nada más llegar al supuesto despacho, Olena divisó a otro hombre con pinta de matón que le sonreía como un imbécil. Cuando quiso

darse cuenta le había inmovilizado los brazos, antes de aplicarle en el rostro un paño con alguna sustancia que la dejó totalmente a su merced. Al despertarse, la chica pudo comprobar que su sexto sentido no le había fallado. Enseguida le dejaron muy claro a lo que se dedicaba en realidad aquella gente: al tráfico de personas. Olena lloró y suplicó ante las vejaciones y humillaciones sufridas, pero lo peor vino cuando el jefe de esos delincuentes quiso probar la mercancía.

Olena fue violada sin misericordia por aquel hombre y aun así tuvo la suerte de que nadie más la tocara. Al parecer, los esbirros tenían orden de no acercarse a la preferida del jefe, por lo que no fue un juguete roto como otras muchachas. Llegó a escuchar los gritos y gemidos de algunas chicas, entremezclados con las risas siniestras de unos lobos con apariencia humana que se relamían en orgías infinitas que a veces terminaban de la peor manera.

Tras unos días encerrada en una nave industrial a las afueras de Kiev, fue trasladada por sus captores. Primero en furgonetas y luego en camiones, durante interminables horas por carreteras que la alejaban cada vez más de su tierra natal. La chica no se hacía ilusiones y sabía lo que le esperaba: seguramente habría sido vendida a cualquier tratante de esclavas sexuales y su destino iba a quedar marcado para siempre. Su belleza no la llevaría a la fama, sino más bien al borde del abismo. Quería ser modelo y sin embargo iba a convertirse en algo que odiaba con todas sus fuerzas: una prostituta.

Tras el interminable periplo por carretera, las habían obligado a meterse en otro enorme camión metálico y allí había empezado su verdadero calvario. Varios días más de viaje y después la nada, abandonadas a su suerte en cualquier lugar del mundo. «¿Dónde estamos?», se preguntaba la joven.

Olena ignoraba si sus captores habían cobrado ya por su venta o si la transacción se concretaría cuando los trafi-

cantes la entregaran a su nuevo dueño. Al principio le sorprendió que nadie fuera a recogerlas y las dejaran allí encerradas. Pensó que tal vez se tratase de una especie de castigo. Pero cuando vio que las chicas comenzaban a pegarse, o que incluso alguna moría en el camino, supo que serían carne de cañón: nadie pagaría por un producto dañado. En esas condiciones, no conseguirían siquiera formar parte del peor tugurio de carretera del mundo.

El tipo de los tatuajes le había comentado antes de partir que ganaría mucho dinero con ella, y los gestos de lascivia de todos los integrantes del grupo le demostraron que podía ser cierto. Y, sin embargo, nadie se había hecho cargo de ella hasta ese momento. En realidad, no se habían ocupado de ninguna de las chicas. Iban a morir en ese receptáculo inmundo, un ataúd metálico de más de diez metros de longitud, de la manera más absurda. El mundo estaba loco, pensó Olena en sus últimos momentos de lucidez, aunque ella ya no tendría que preocuparse por nada.

—Olga, Olga... ¿Estás despierta?

A Olena no le pasó desapercibido el privilegio que suponía no haber tenido que soportar más que los embates del capo mafioso y no haber sufrido apenas marcas en el cuerpo como otras compañeras. Quizás sus captores la consideraran una mercancía de gran valor y quisieran venderla al mejor postor para obtener un buen pellizco por ella.

La ucraniana intentó llamar a su compañera de cautiverio, una chica llamada Olga con la que había compartido sus penurias, con los últimos jirones de fuerza que le quedaban. Prefirió decir la palabra «despierta», aunque lo que de verdad pretendía averiguar era si estaba viva o si la había dejado sola en aquella lúgubre aventura de la que jamás contaría ni una sola palabra.

El habitáculo seguía en penumbra, iluminado tan solo por un leve rayo de sol que se colaba por una rendija del techo. Era un sol cada vez más abrasador, ya que un calor

al que no estaba acostumbrada había hecho acto de presencia de repente. La temperatura subió muchos grados, así como la humedad relativa del aire, y la sensación de agobio resultó superior a sus fuerzas. Un auténtico horno crematorio sin fuego, una pira funeraria donde Olena moriría por su estupidez, por sus delirios de grandeza. Después de todo, tampoco se estaba tan mal en Donetsk; no tendría que haberse movido de su casa.

La sombra siniestra cubrió su espacio vital y Olena dejó de luchar. Su mente se apagaba poco a poco, pero en su caleidoscopio mental pudo despedirse de sus seres queridos. Imágenes de su infancia y de su adolescencia, cuando era feliz y la guerra no se había instalado en media Ucrania, poblaron su cerebro durante unos segundos en los que la calma se apoderó de su espíritu. Iba a morir tranquila, serena, sabiendo que la fatalidad se había cruzado en su camino para truncar una vida llena de esperanzas.

Olena cerró los ojos por última vez y un resplandor interior la cegó por dentro. A lo lejos pudo distinguir un fulgor, un túnel de luz que la atraía con fuerza. Y de fondo, unas voces inconexas que no cuadraban con el entorno, aunque no les dio la menor importancia. En su mente comenzó a acercarse hacia la luz, dispuesta a encontrarse con su destino...

* * *

Ismael Contreras se encontraba de un humor de perros esa tarde de mayo. Después de unas jornadas maratónicas de negociaciones entre el sindicato mayoritario del sector y la patronal, todo se había ido al garete. Los que mandaban no estaban dispuestos a ceder y seguían tensando la cuerda, por lo que el nuevo convenio colectivo no se había firmado. Tendrían que tomar medidas de presión, pero la

huelga no traería más que quebraderos de cabeza a todos, así que tampoco le parecía la mejor solución.

La culpa de todo la tenía Rupérez, el jefazo, y toda la pléyade de lameculos que le habían salido como setas desde que ese tipejo se había hecho cargo de la gestora. Valencia llevaba más de dos años perdiendo competitividad y los que mandaban parecían no darse cuenta. Solo habían estado atentos a las obras de ampliación sin preocuparse de la necesaria renovación tecnológica y, por supuesto, sin pensar para nada en sus trabajadores, hartos tras las extenuantes jornadas de trabajo en un ambiente cada vez más enrarecido.

El endeudamiento había crecido como la espuma y no era sostenible. Los gerentes, más pendientes de sus ascensos en el escalafón político de la región, no habían hecho caso de las llamadas de atención de los sindicatos, ni de sus clientes internacionales, hartos de pagar más por ser atendidos en Valencia. El Mediterráneo era muy grande y otras muchas ciudades tenían mejores recursos, precios más competitivos y una tecnología muy superior con la que aumentar el rendimiento diario y satisfacer las demandas de unos clientes cada vez más exigentes.

Hasta el Estado les había obligado a ajustar sus tarifas, pero Rupérez seguía a lo suyo. Al parecer, las autoridades lo estaban investigando, y los rumores no cesaban en la zona: gastos indebidos en temas lúdicos (yates, palcos, entradas de la F-1...), sobresueldos en dinero negro, contratación a dedo de familiares y amigos, y otros informes sobre su gestión que se filtraban poco a poco. Aquello iba a estallar de un momento a otro, y Contreras esperaba que no le salpicara demasiado.

Él solo quería trabajar sin tantos malos rollos ni preocupaciones. Bastantes problemas tenía ya en casa como para estar así todo el día. Encima, la jornada había sido espantosa, con unas temperaturas inusuales para esa época del año; por lo visto, se habían llegado a alcanzar los 47 grados

centígrados en la zona. Llevaba la ropa completamente empapada después de sudar profusamente durante toda la jornada, y la sensación era bastante desagradable.

Se alejó de la zona de oficinas y comenzó a caminar para estirar las piernas. Quería relajarse un poco antes de regresar a casa, donde esperaba no tener que discutir con Aurora. Eran ya cerca de las nueve de la noche y el sol se ponía por el horizonte, algo que todos los valencianos agradecerían después de un día tan caluroso. Por eso, encaminó sus pasos hacia la parte más alejada del recinto, con la esperanza de que la brisa marina lo refrescara un poco mientras ponía sus pensamientos en orden.

En ese momento le entró una llamada y lanzó un juramento. Parecía cosa de brujería; se le ocurría pensar en su esposa y allí aparecía ella de pronto. No le apetecía hablar con Aurora, pero tampoco quería tener una nueva bronca esa noche, por lo que atendió la llamada después del tercer tono.

—Hola, cariño, ¿qué tal? —saludó Ismael, zalamero—. Iba a llamarte ahora...

—Sí, ya, como siempre... ¿Cuándo piensas venir? Tengo la cena casi lista y no sé si piensas quedarte allí toda la noche.

—No, ahora mismo voy. Ha sido un día duro, pero...

—¿Qué dices...? No te oigo, Ismael, no sé si será por la cobertura. ¿Me oyes?

—Sí, yo te oigo... ¿Hola? Aurora, ¿sigues ahí...?

Contreras maldijo en voz alta al comprobar que su mujer tenía razón. En esa zona la cobertura no parecía muy buena y estaba perdiendo la señal. Decidió buscar un lugar más alto para proseguir la conversación. No quería cortarla de golpe para no alterarla más.

Anduvo unos pasos hacia el interior mientras se alejaba del mar y buscaba una plataforma en la que subirse. Miró por última vez el móvil y vio que la llamada no se había cortado todavía, así que se guardó el teléfono en el bolsillo y

se aupó a la segunda fila de mercancía almacenada. Probó de nuevo a ver si había suerte, pero no logró oír la voz de su esposa.

—¿Sigues ahí, Aurora? —preguntó en voz cada vez más alta—. Te decía que llego en unos minutos, no te preocupes.

—...

El sindicalista no escuchaba más que estática en su terminal y supo que tendría que cortar la llamada. Se guardó de nuevo el móvil en el bolsillo y escaló hasta la tercera fila para hacer un último intento.

—¿Me oyes ahora, cariño?

El silencio al otro lado de la línea fue ultrajado por unos sonidos extraños que escuchó a su alrededor. ¿Se trataba de voces? Alguien parecía hablar allí arriba, algo a todas luces imposible.

—*Help, help! Pleaaaseee!*

Contreras se quedó patidifuso. Él no controlaba idiomas como otros compañeros, pero aquella voz angustiada parecía pedir ayuda en inglés. ¿Qué estaba ocurriendo?

Se llevó el móvil a la oreja por inercia, dispuesto a pedir ayuda, cuando se dio cuenta de que la línea seguía abierta. Al otro lado le llegó por fin la voz de su esposa y tuvo que dejarla con la palabra en la boca. Bronca asegurada, pensó entonces, pero lo primero era lo primero.

—Ismael, ¡por Dios! ¿No me escuchas?

—Sí, cariño, ahora sí. Perdona, tengo que dejarte. Ha surgido una urgencia y no sé cuándo podré ir a casa.

Contreras colgó el teléfono y se olvidó de su esposa. Tenía otros asuntos de los que preocuparse. Subido a la parte más alta de la mercancía allí almacenada, recorrió la tercera hilera a toda velocidad mientras buscaba el origen de la llamada de auxilio.

—¡Hola, hola! —gritó para hacerse oír—. Por favor, diga algo, no la encuentro...

—Prfff...